

a *Kreutzer* (cuya reimpression es el pretexto de estas líneas) no pueden resucitar las creencias que salvarían al ser humano de la arbitrariedad de sus deseos en un contexto de aparente y progresiva ilustración o emancipación de hombres y mujeres, sino que le inducen a actuar, a lo sumo, como juez imparcial, implacable, de tales deseos, ya que ahora le incumbe absolutamente la responsabilidad de alcanzar la felicidad. El desconsuelo y la soledad de Pódnyshev, como el de otros personajes de Tolstói, serían el símbolo de la dura conquista en que se transforma la búsqueda de la felicidad cuando se toman en serio las interpelaciones ilustradas. La imaginación, encerrada en la urna o liberada en la sonata, resultaría un intérprete idóneo del afán humano por reconciliarse con la independencia de sus acciones. En unos versos característicos de esta época, el poeta Walter Savage Landor escribió:

No he luchado con nadie, pues
nadie fue digno de mi lucha;
He amado la naturaleza y, tras
la naturaleza, el arte.

La feroz independencia del primer verso quedaba compensada por la franca admisión del segundo, que podría servir de corolario a esta apreciación paralela de Keats y Tolstói. Ambos escritores habrían aspirado a que la naturaleza fuera un trasfondo adecuado para su vida. Los más bellos poemas de Keats transmitían la convicción de que la delicia del mundo natural es el mayor don de una existencia vulnerable, el único campeón de la mortalidad. Tolstói, por su parte, aludía a la escena rural como única vía de salida de la depravación y mentira de los sofisticados círculos sociales. Para los amigos de Levin, la distancia del campo a la ciudad siempre será más que física. Thoreau habría puesto en primer término la oportunidad de dirimir en la naturaleza los problemas de la conducta de la vida, la cuestión de las necesidades reales. La omisión del sexo en *Walden* tal vez pudiera corroborar la ominosa profecía de Pódnyshev sobre la extinción del género humano, pero el puritano Thoreau no habría objetado nada a que los hombres, como el resto de los animales, hayan sido creados sexuados y mortales, con vistas a la difícil persecución del ideal del

bien. América, que habría asistido al parto de la democracia en la historia (a cuyas contracciones aún asistiría Thoreau) pasaría a ser el eficaz contrapunto de las melodías audibles o inaudibles del Viejo Mundo. En cierto modo, el lenguaje del arte, emancipado de la historia, tal como lo reconocemos en la oda de Keats y en la novela de Tolstói y en las páginas de Thoreau, podría representar la tierra prometida para nuestras esperanzas no espurias de educación.



3

EL PULSO DE LA HISTORIA

GILBERT KEITH CHESTERTON Breve historia de Inglaterra

(trad. de M. Temprano, Acanitilado,
Barcelona, 2005).

Este libro de Chesterton es lo que debería ser, al menos, cualquier libro de historia: una obra de pensamiento y un producto del arte de escribir. El lector puede discrepar de su interpretación, pero no dejará de disfrutar con ella, como si oyera de viva voz a su autor. En pocas ocasiones se experimenta esta sensación de familiaridad por la que parece que podamos casi tocar —o estrechar la mano— al hombre de letras: “Me atrevería a defender que el agradecimiento es la forma más elevada del pensamiento y que la gratitud es la felicidad amplificada por la sorpresa” (p. 71). Con todo, Chesterton ha sembrado de paradojas el camino de su relato, y deleitarse con paradojas resulta, al cabo, un don exclusivo de los más cándidos o de lo más sagaces. Que el escritor es sagaz, antes que cándido, no podrá dudarle ni el más torpe de los lectores, pero no le será tan fácil sortear ciertos obstáculos imprevistos en las páginas que se le

ofrecen en esta *Breve historia de Inglaterra*. “La revolución experimentada por la sociedad entre la primera cruzada y el último de los Tudor fue inconmensurablemente más colosal y completa que ninguno de los cambios sufridos entre la época de Carlos y la nuestra” (p. 17). La tesis del libro, simple, drásticamente enunciada, tal vez admita más discusión que la que cabe en una paradoja. ¿Hubo, de hecho, una “revolución medieval”? ¿Fue la primera cruzada “un levantamiento popular mucho más unánime que la mayor parte de los motines y revoluciones”? ¿Serán los sindicatos, por así decirlo, la última joya de aquella corona? ¿Es suficiente o convincente reprochar a los puritanos, obreros de la principal transformación de la historia inglesa, que no legaran un folclore, sino sólo la “gran literatura” (p. 175)? ¿Será cierto que “Inglaterra nunca fue menos democrática que durante el breve periodo en que fue una república”? ¿Es la aristocracia, la clase de los caballeros educados, un fenómeno tan ambivalente como deviene en el capítulo final del libro? La añoranza medieval puede indicar, en efecto, la riqueza de las manifestaciones populares que la época moderna ha ido arrinconando, pero el protagonismo del pueblo, al menos nominal o literalmente, ha sido mayor en las revoluciones modernas que en cualquier otra época de la historia. En la p. 136, leemos: “El Parlamento había dejado de ser un mero cuerpo gubernamental y se había convertido en una clase gobernante. Trató con tanto desprecio a los campesinos del siglo XIV como a los cartistas del siglo XIX”. Ahora bien, casi al final del libro, Chesterton afirmaría que la Cámara de los Comunes “llegó a ser, para bien o para mal, un gran órgano de gobierno que sobrevivió a la Iglesia, la monarquía y la plebe; hizo muchas grandes cosas, y no pocas fueron buenas. Lo que hoy llamamos Imperio Británico fue obra suya y también algo mucho más valioso: una aristocracia, más humana, e incluso más humanitaria, que la mayoría de las aristocracias del mundo” (p. 249). La alabanza última de la aristocracia parlamentaria inglesa vendría a significar un paradójico apego chestertoniano a los descendientes de los adversarios del pueblo inglés (tal como había afirmado que un republicano de la antigüedad no tendría

más remedio que confesarse papista e imperialista, porque el papado y el imperio eran los últimos vestigios de la república), mientras que la aparición de las grandes repúblicas americana y francesa sólo tendría un valor incidental en la elucidación del valor del Parlamento inglés (p. 207). La justificación del argumento se hallará, sin duda, en una base tan sólida como la fe. Sin embargo, la justificación por la fe, para un crítico del puritanismo como Chesterton, debería ser contrastada con la justificación por las obras, es decir, con la larga serie de interferencias (cifradas no sólo en la influencia caritativa de la vida monástica) que el poder terrenal del cristianismo ha causado en la historia de Occidente. Chesterton, no obstante, se limita al caso inglés, lo cual, desde su punto de vista, que tiende a mostrarse católico o universal, podría suponer la paradoja más difícil de defender. Si no es así, si las paradojas de Chesterton suenan defendibles, históricamente intrigantes, se debe a que hay una lección prominente de carácter literario en la generosidad adscrita a los ingleses: “Es paradójico que, a diferencia de lo que ocurre con los irlandeses y los escoceses, ninguna versión formal de los planes y principios de los ingleses les haga justicia... Si consideramos un elogio decir que acierta incluso cuando se equivoca, algo de verdad hay en eso... Ése es el tono y el carácter que recorren las realidades de la historia inglesa... Aparecen en nuestras ficciones fantásticas y en las baladas callejeras, pero su verdadera forma de expresión es la conversación” (p. 230.) En otras palabras: hay algo demasiado inglés en Chesterton como para que su cristianismo o catolicismo no pueda interpretarse como una ferviente nota de disidencia en el horizonte de las interpretaciones tradicionales de la historia de Inglaterra. De esa manera quedaría asumida también la recuperación de la aristocracia a la que nos hemos referido —cuyo elogio se fundaría, no lo olvidemos, en la sinceridad de la retórica—, cuyas virtudes, desprendidas de la historia que las ha visto nacer, no habrían dejado de ser admirables. La excusa que valdría para el autor, sin embargo, no tiene por qué bastar al lector, que acaba por observar que la apología de los ingleses —¡incluso de aquellos que habrían labrado el infortunio de su

pueblo!— deriva en el vituperio de los alemanes: “No hay duda de que toda la vida inglesa de la época está dominada por Alemania” (p. 241). Al tratarse de un libro de combate, escrito en un año de guerra, se advierte que la afinidad del autor con los aliados definía las líneas generales de su historia en mayor medida que los detalles a los que el historiador profesional estaría, por lo general, dispuesto a descender. Por un lado, Inglaterra y Francia son restos romanos (p. 23) y, por otro, todo elemento teutónico entraña una amenaza a la civilización que no puede ser omitida: “Los teutones nunca tuvieron un credo, jamás tuvieron una causa, y sólo hace pocos años que empezaron a tener una jerga” (p. 45). Esa reserva final, sin embargo, se enfrenta a otra pregunta: ¿hasta qué punto podrán reprocharse a Chesterton tales simpatías y diferencias? ¿Es sólo la historia viva, presente, la que dicta los presupuestos del arte de escribir la historia? ¿Puede tomarse el pulso a la historia, por así decirlo, sin echarle un pulso al tiempo? ¿No es la urgencia de la escritura, la necesidad (más que la oportunidad) de que ciertas cosas sean dichas u oídas, la única condición que debe ser asumida por cualquier historiador? ¿Habría un valor científico de la historia, capaz de trascender su cualidad estética? ¿No es la cualidad estética una apreciación preliminar del alcance moral? ¿Será diverso el alcance moral de la historia y de la literatura?